



# MI PROFESORA DE MATEMÁTICAS

**Hugo Alonso**

Eran mediados de junio. La primavera ya había acabado prácticamente y mientras la profesora sustituta de matemáticas explicaba las raíces cuadradas, yo miraba por la ventana a los que hacían educación física y jugaban al *volley-ball* en el patio, y lo único que podía hacer era pensar en ella, en nuestra antigua profesora de matemáticas, la misma que empezó a faltar y a faltar a clase cuando no era normal en ella.

Antes de ayer el director nos dijo que había fallecido.

Aquella profesora por la que, cuando los alumnos la veían llegar a clase, gritaban: ¡Que viene, que viene Rosalía, todos a sus sitios! y entonces entraba ella en la clase, abría el libro y comenzaba a escribir números en la pizarra. Así hasta que acababan los cincuenta minutos de clase. Todo el mundo la temía y cuando iba por el pasillo la gente bajaba la voz y le abría el paso. No era una profesora querida por los alumnos; más bien evitada, pero desde mi punto de vista, sabía perfectamente lo que hacía.

Lo curioso fue cuando mi padre me contó en la cena de la noche anterior algo de ella que nunca habría podido imaginar.

Yo me la imaginaba con su familia con el mismo comportamiento que en clase, fría y seria, pero mi sorpresa fue cuando le dije a mi padre que la profesora de matemáticas había fallecido después de mucho tiempo luchando con una enfermedad muy grave, tanto tiempo que la gente prácticamente se había olvidado de ella. Cuando se lo conté a mis padres, ambos me miraron y después se miraron uno al otro. Luego mi padre miró a su plato y me preguntó si la conocía mucho. Yo le contesté que sí, que la conocía bien y que era una profesora muy dura y seria y que tendría que ser un horror vivir con una persona tan seria. Pero mi sorpresa fue cuando mi padre comenzó a negar con la cabeza. Entonces me miró y me lo contó todo. "Hugo, por lo que me estás contando, tú no conocías a esa mujer. Tú no sabes que todos, TODOS los profesores nunca son en realidad como parecen en clase. Esa mujer se interesaba por los alumnos, esa mujer asistía a reuniones y comisiones de absentismo. Además, recuerdo perfectamente cómo hablaba en estas reuniones de un caso especial, el de una niña de 13 años de familia muy humilde y que se pasaba los días en el parque de La Manguilla".

Cuando oí eso, pensé que mi padre se estaba equivocando de profesora... ¡No podíamos estar hablando de la misma persona! ¡Mi profesora de matemáticas ocupándose y preocupándose por los alumnos! ¡La profesora más seria que había tenido y fuera del instituto era sociable, simpática y agradable y encima amiga de mi padre! Dos años dando clase con ella y yo sin saber nada de su actividad fuera del instituto. No podía creérmelo. Tanto tiempo dando clase con ella y, cada vez que le preguntaba algo y no me atendía, me entraban ganas de decirle todo lo que pensaba de ella. Pero lo más curioso es que me pasaba todo el curso deseando que acabara para no verla y ahora que teníamos a otra profesora, la echaba en falta y prefería tenerla a ella como profesora.

Y mientras miraba por la ventana y escuchaba a la profesora nueva, me acordaba de ella y me sentía fatal por todo lo que había pensado... ¡y juzgaba sin saber! Una mujer agradable y que se interesaba por los niños con problemas de absentismo. Ahora me daba cuenta y veía lo equivocado que había estado.

Cuando empezó a faltar, todos nos alegramos porque no teníamos clase, hasta que llegó la sustituta (nuestra profesora actual) y entonces nos dimos cuenta de que algo no iba bien. Las clases no eran iguales y, aunque ninguno lo reconocía, todos la echábamos de menos.

Pero lo peor fue antes de ayer, cuando nos comunicó el director que nuestra profesora de matemáticas había fallecido de una enfermedad muy grave. Todos nos miramos, los unos a los otros con cara de sorpresa.

No podía quitarme de la cabeza el día después de su fallecimiento, cuando llegué al instituto y vi el despacho de mi profesora y a su marido recogiendo las cosas de su mujer y veía al hombre con cara de tristeza y me entraban ganas de acercarme y abrazarle. Recordaba todos los momentos de sus clases, las regañinas y las felicitaciones que me había dedicado y su forma de explicar, y su mirada, y sus manías, y sus defectos, y sus virtudes, y su voz, y a su marido recogiendo sus cosas, y a sus hijos con cara de desconcierto sin saber muy bien qué ocurría y qué hacían allí en aquel instituto de educación secundaria entre tantos alumnos adolescentes, y se me iba haciendo más y más grande el nudo en mi garganta. Todo ello me recordaba a mi profesora de matemáticas...

-Hugo... ¿entiendes las raíces cuadradas?